

NUESTROS MAESTROS

LA AFICION ALPINISTA

DE D. ENRIQUE AREILZA

YA referí en Pagasarri cómo fué el contacto oficial del llorado D. Enrique Areilza con la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo. Largo tiempo había pasado el gran médico recorriendo casi solo las montañas Vascongadas. Pero a lo último las vió poblarse de una juventud admirable y ya no pudo resistir al reconocimiento público de aquella novedad para él, ejemplo anticipado, tan infinitamente halagadora.

Siempre fueron la alegría y la satisfacción de Areilza temerosas de exteriorizarse. Sabía que el Reino de los Cielos es, según el Evangelio de San Mateo, semejante a un tesoro oculto; y asido al Supremo ejemplo pasó la vida en el bello artificio de esconder al mundo su riqueza interior.

Un día, sin embargo, se anunció la constitución de la Federación Vasco - Navarra de Alpinismo. El impulso irresistible de las cuatro provincias iba a tomar forma definitiva. D. Enrique se animó a un paso decisivo. El excursionista misterioso de tantos años, nos dijo a sus amigos y seguidores que también quería ir a Elgueta. Un poco rojo, tímido, pero muy decidido, formuló el propósito. Y el domingo memorable estaba D. Enrique en la bella plaza guipuzcoana escuchando los discursos, a punto él mismo de ceder a la amistosa presión del Presidente y ocupar puesto en el balcón, aceptando allí mismo el compromiso de la conferencia para el Deportivo, conmovido, con su curiosidad inigualada tendida hasta el infinito, gozoso y lleno de orgullo ante el espectáculo. Cuando más tarde se retrató engallando el cuerpo junto a Bandrés, su gesto quería decir que el viajero solitario de tantos años se inclinaba ante el suceso colectivo, nuevo y magnífico, reconocía la precisión de la obra social y extensa con las ineludibles exterioridades para ilusionar y organizar, aprobaba y casi bendecía. Ante la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo, D. Enrique exteriorizaba un fervor público que contadas cosas humanas consiguieron jamás arrancarle.

Y es que la afición de Areilza al monte era muy honda y ocupaba buena parte de su vida. No hay que contarla como una simple distracción. De las lecciones de Areilza

más aprovechables para los alpinistas es ésta de celo, constancia y escrupulosidad en la vocación.

En una existencia tan llena, la preparación de las excursiones constituía parte seria y grave. Era conmovedora la ilusión, la nerviosidad suya antes de los paseos dominicales. Estudiaba los itinerarios, se informaba de los conocedores, acudía a quien pudiera resolver sus dudas. El muchacho adolescente que por primera vez después de la semana de trabajo se concierta con los compañeros, apresta sus humildes avíos de alpinista, contagia el amoroso celo de la madre, desvelado para madrugar y no perder la salida común hacia el paraje incógnito cuya posesión someterá a prueba su destreza y su fuerza, no pone más emoción en esta primera aventura que D. Enrique Areilza en cualquiera de sus nunca interrumpidas salidas. El gran médico, lleno de prestigio y de misterio, cuya presencia se disputaba Bilbao, en la posesión de la fortuna, y el respeto público, se entregaba infantilmente a la pequeña exploración dominical, con el celo minucioso de los enamorados sinceros.

Claro que para poner tanto en esta afición, Areilza había de obtener mucho de sus contactos con el monte. Además de la salud y el ejercicio, él nos ha dejado en su memorable conferencia del Club Deportivo un índice de las emociones inefables de cercanía a la Naturaleza, cuando buscaba unir su alma absorta místicamente con el ambiente que lo envuelve, ensimismarse y confundirse con el misterioso silencio de la selva «sentir al mundo que se entrega a mí» como en el verso goethiano. Sus ocasiones para la evocación histórica y el conocimiento de la vida rural vascongada, eran, también, constantes.

En la hermosura incomparable de los buenos domingos de Vizcaya, cuando como en una unidad de figura gimnástica hombres y mujeres salen ansiosos en busca de sol y vida, Areilza se sumía materialmente en esa alegría popular.

Desde Portugalete, donde había avizorado ya de madrugada el día, con tiempo todavía para recoger a la salida de misa una impresión y un comentario, venía sorbiendo a lo largo de la cinta fluyente de la ría, la impresión dominguera. Joven, siempre el mismo, sin solemnidad, sin almidón, casi venía brincando en la biribilketa interminable. A tono, desde luego, con ella. Y así continuaba todo el día sus caminos, que aquel gran conocedor y sentidor de la topografía de nuestro país eligió siempre, los de más bellos puntos de vista, los de campos dulces y blandos y rincones empapados con mayor abundancia de historia.

Dirigía el pequeño grupo de sus seguidores militarmente. Su innegable gento guerrero tantas veces aludido cuando se habla de él e inevitablemente aludido, pues era condición inseparable de su carácter, no encontró en la fortuna de los tiempos mejor empleo que pastorear aquella pequeñísima tropilla incruenta de amigos a las más inocentes conquistas de terrenos bien conocidos. Y era tal la magia de su ejemplo y su palabra, que acertaba a comunicar las inquietudes de la peripecia, añadiendo encanto a los pacíficos paseos.

Doblada una cima, extendidas nuestras provincias a sus pies, aspirando a pulmón lleno su aire, viendo a través del sol si el día era claro o adivinando en la niebla tan propicia a nuestros panoramas, Areilza hablaba. Libre de la presión de la ciudad, sin las limitaciones urbanas y las cautelas a que fué tan fiel, era allí donde su gran espíritu se exhibía, donde, sin sensiblerías, a las que siempre tuvo creído hasta exagerado ho-

ror, reprimiendo las exterioridades de emoción con crueldad, dejaba volar su fantasía generosa enderezada siempre a un propósito; hacer a todos más suave la vida, dominar el mal, reducir el sufrimiento. Como movido por la calma y la blandura del medio cantaba la alegría de los chicos de Górliz, o la esperanza de ver a otros doloridos—en los tuberculosos pensaba mucho últimamente—bien defendidos contra el padecer. A veces, al encontrar un excursionista pálido de ciudad y trabajo, débil, su terrible ojo clínico adivinaba la penosa tragedia y de nuevo volvía al propósito regenerador inmediato, pues jamás se desparramó su ardiente celo cristiano de mejora en la gran batalla contra el dolor que hace grande aquella vida, en vanas lamentaciones ni plantes retóricos, sino en medidas cercanas, prácticas, animadas, claro es, por la llama ideal. Después era el volver al comentario del camino, a la maravilla de sutileza y sugestión. Entretanto, avanzaba la mañana. Cada cuadro nuevo traía su correspondiente evocación. Si era de batalla cercana—Somorrostro, Lamindano—el discurso, es bien sabido, llegaba a la alta dignidad del historiador clásico. Evocador de un pasado que conocía portentosamente, en contacto curioso con los hombres, interrogador implacable y certero, nadie sabía como él de nuestras contiendas y hazañas. Lo evocaba, además, limpio de pasión, elevado sobre la diferencia, para solo retener en lo que fué querella, la destreza, el heroísmo, el genio.

De vez en cuando venía el diálogo con los aldeanos. Ahí triunfaba toda su genial marrullería tan del país, unida al sincero amor por la tierra y sus hijos. Frente al aldeano, las gentes de ciudad, aun los que contamos cercanas ascendencias labradoras, hemos perdido por completo la naturalidad. Las tentaciones literarias más o menos interesadas, la adulación, la insinceridad ossianica, la debilidad chistosa, la pintura decorativa, nos han privado de la capacidad de acercarnos a nuestros hermanos del campo, sin énfasis o sin broma, humanamente. Areilza, no. Ya con solo ver aldeanos (eran muchos años de experiencia) conocía muy pronto el género y la historia. Si había servido o navegado, si tenía hermano fraile o hija sirviendo en Portugalete. Y allí iba su socarronería arrancando poco a poco secretos, sorprendiendo historias de pueblo, obteniendo nuevas curiosidades para su sapiente y honda cala de almas. Si el interlocutor era más o menos guerrero antiguo—con Chimpas recuerdo en Larrabezúa—el diálogo culminaba y hasta se convertía en invitación a comer para agotar todos los materiales anecdóticos del sujeto.

Y cuando había gozado del paisaje, y de la amistad del diálogo y de la evocación, cuando la delicia gimnástica de la ascensión era completa, él, duro y firme siempre, el primero esperando tolerante a los más torpes y remolones de sus alpinistas, dejaba nuestro doctor libres cuerpo y ánimo a la expectación del banquete, más o menos rústico, fiel siempre a los productos y a las normas del país. Aquel hombre tan pleno, cuyo arte supremo fué probablemente dar a cada cosa su valor, concedía al banquete natural preeminencia en el acabado mecanismo de sus expediciones. Los hombres de nuestra raza escasas veces nos veremos libres de esa inquietud conmovida ante las perspectivas de comer y beber. Ya que está en la naturaleza, debemos llevarlas con honor y ejemplos como el de Areilza y otros hombres ilustres de la tierra que nunca hicieron misterio de ella están llenos de una lección sabia.

Lección que puede generalizarse y es la de una necesidad absoluta para quien quiera vivir la vida vizcaína de coincidir con el alma popular, hasta artesana si se quie-

re, de nuestras provincias. El secreto de la enorme influencia de Areilza estaba ahí en muy buena parte. Su amor por lo alegre y divertido respondía a esa espontaneidad decisiva.

Sería engañarse atribuir a nuestro estado social condiciones de perfección. La miseria, la diferencia y el dolor, están acampados también aquí. Con todo, como en pocas tierras civilizadas, sucede encontrarse en la nuestra, una inmensa zona de concordia y comunidad, a la que contadísimos escapan; la de la alegría y el humor traducidos en fiesta. Son escasas y limitadas en el país, y probablemente, no muy tentadoras las formas de diversión tan costosas y empingorotadas que solo pueden acceder a ellas privilegiados y poderosos. La plenitud jocunda y atractiva del orden festival pertenece, entre nosotros, a lo popular. El lujo mismo, pierde en la pugna con sus manifestaciones decisivas, y así adquiere su excelente y limitado gusto. En tierras de Vizcaya, más envidiables que para los muchos las diversiones de los pocos, son para estas apetitosas y atractivas las distracciones populares. O dicho sea con mayor precisión; nuestro pueblo unánime tiene su fórmula de regocijo y diversión absorbente y dominadora de todos.

A esa zona inapreciable de la vida vascongada, ajena a la diferencia y el rencor, riqueza de las primeras de este pueblo, base muy computable de su equilibrio social, ha venido a incorporarse el deporte. Por ello puso toda su atención Areilza en el desarrollo deportivo en Vizcaya, comprendiendo las perspectivas que la especialísima y afortunada disposición señalada le preparaba entre nosotros, llevando la comunidad jubilosa mucho más adentro al ser servida en las nuevas formas intensas y absorbentes del deporte, donde tan bien podía traducirse.

Hoy el deporte es una de las más típicas manifestaciones vascongadas. Y de entre los deportes, el de la montaña por su noble naturalidad y generosas enseñanzas, posiblemente es el primero.

Para nosotros tiene el alto patronato de Areilza, un valor de ejemplo y enseñanza inapreciable. Hace bien «PYRENAICA» en dedicar por eso mismo al gran precursor un recuerdo en este aniversario, como la Federación de que es órgano, realizó ya en el magnífico acto de Pagasarri.

Estas líneas, dedicadas a la memoria del ilustre médico, quieren también sumarse al mismo noble propósito.

JOSÉ FELIX DE LEQUERICA.